



La noche en la que me perdí

The night I got lost

José Luis Huacles Unocc* 

Hoy desperté cansado, muy cansado, luego de un sueño largo. Miré el reloj y aún eran las 4 a. m. Estaba sudando, me di la vuelta y traté de dormir de nuevo. No pude. Recordé mi sueño mientras pensaba en ti.

Soñé que estábamos de viaje, de vacaciones, luego de meses de trabajo. Sentía el cansancio acumulado. Habíamos acordado pasar un fin de semana junto a mis padres. Este era un mundo diferente, un futuro —no sé de cuántos años—, quizás un universo alterno.

Las calles estaban inundadas, como Venecia, como la Belén amazónica o el Ámsterdam al que alguna vez fuimos. Uno veía a lo lejos y la ciudad estaba rodeada de agua con manchas oscuras cuadradas. Algunas calles se veían atravesadas por maderas y vigas para que transitaran las personas; otras no, simplemente servían para nadar a pecho desnudo. Las casas se asentaban sobre grandes estacas de madera. Era verano, el sol estaba en su máxima expresión en el cielo raso.

Despertamos, y nos reunimos con mi familia. Jugamos, hablamos, bebimos un poco; todos estaban felices, quizás celebrábamos algo, un compromiso o un nuevo logro. Todos tenían una sonrisa en el rostro. La reunión acabó. Entonces llegó el momento en el que te perdiste, te fuiste, mientras yo ayudaba con las sillas, a limpiar la calle y ordenar la casa de la reunión.

¿Te fuiste? Así, sin ayudarnos, dejándonos de lado.

* Universidad Nacional Mayor de San Marcos <https://ror.org/006vs7897>, Lima, Perú. Bachiller en Comunicación Social. Periodista de datos, actualmente trabajando en almargen-media.com. Correo: joseluishuaclesunocc@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-8054-7098>

DOI: <https://doi.org/10.15517/947rx673>

Recepción: 6/11/2025 Aceptación: 16/1/2026



Ya cansado, luego de limpiar, horas después, le pregunté a mi padre dónde estabas. Me dijo que por la otra casa, a unos kilómetros más arriba, cuarenta minutos caminando. «Ángela se fue a jugar, quería ir a un parque», dijo mientras me veía de lado. Fui a buscarte porque ya era de noche. El reloj marcaba casi las 9:00 p. m.

El sueño continúa conmigo tratando de llegar al parque, llamándote, y no contestas. En las avenidas hay personas peligrosas, ladrones, bestias fuertes y otros terrores. A veces no puedo nadar bien, me atasco cuando pienso en alcanzarte. Llego a sobrepasar estos apuros, pero he demorado. Llamo a casa para saber si ya estás ahí. Ya son las 2 a. m., aún no llegas y yo aún trato de alcanzar ese parque.

Mi hermano Franco me llama. «La han visto en una fiesta», dice. Que ya te fuiste del parque porque hiciste algunos amigos y amigos. Yo, mientras tanto, regreso por caminos oscuros: casi me acuchillan, peleo, me disparan, esquivo, también disparo, corro. Peleo.

Las calles son agua y tierra. Ya la mañana se acerca. Me llega un mensaje de Franco diciéndome que ya llegaste a casa.

Entonces estoy de vuelta. Llego a la casa molesto. Me pregunto, antes de abrir la puerta: ¿por qué esta chica no contestaba?, ¿por qué no pasó el tiempo con nosotros?, ¿por qué simplemente no me esperó un momento?, ¿qué pasó?

Estoy en la antesala, a punto de verte, y aparecen como visiones unos conocidos. Me cuentan que ayer estabas totalmente «desatada», que les habías gustado, que nunca habían visto una persona así. Que mejor no me entere de nada.

Entro a la sala, dibujas una sonrisa mientras sostienes el celular. Mis padres te miran en silencio, acongojados. Les digo que se vayan un rato; se van o se esconden tras la puerta, yo no lo sé.

Luego te pregunto qué pasó ayer. Y tú respondes calmada: «Nada. Salí un rato». Y yo te digo: «¿Cómo que nada, si no contestabas y algunas personas te han visto, diciendo que estabas “desatada”?». Frente a esto, tú con naturalidad puntualizas: «Nada, estaba en una fiesta, tranquila,



con nuevos amigos que conocí, pero todo tranquilo». Y yo te respondo: «¿Cómo que nada?, si me están diciendo otra cosa. ¿Pasó algo que deba saber?».

Mi celular suena, respondo, son unas mujeres; ellas mencionan un lugar y me piden ir. Van a contarme qué pasó.

Aparecemos tú y yo, horas después, ahí. Las chicas viven en esa casa, sucia, con rastros de haber sobrevivido a una megafiesta. Están molestas, tienen los ojos rojos de furia; dicen que es porque son *influencers* y tú les has robado sus seguidores y visualizaciones. Y no me quieren contar del todo qué pasó ayer. Quieren que yo sufra, que el novio pague la «afrenta y osadía» de Ángela.

Me muestran una ropa pequeña y me aseguran: «No sabes quién lo tenía puesto». Sacan sus celulares y veo unos chats donde hombres les escriben diciendo que traigan de nuevo a esa chica de lentes. Quizás ellas siguen grabando o somos parte de su video, no lo sé.

Y tú estás molesta, diciéndoles que no hiciste nada, que ellas no tienen ningún derecho a decirme algo. Me coges del hombro y me pides que salgamos de ese lugar y regresemos a casa. Yo no te hago caso. Empiezo a caminar mientras veo el piso, las sillas, como si algunos hubiesen formado una circunferencia alrededor de alguna cosa. Imagino. Te veo de reajo. Mi cabeza da vueltas mientras no sé de qué hablan esas chicas. Estoy perdido.

Pienso.

Una chica de cabello rojo me interrumpe, se acerca con su celular y me susurra: «Checa». Y ahí veo lo de anoche: tú bailando semidesnuda en medio de todos, mirando a un chico, yendo por otro, siendo tocada por ellos. Yo no lo creo. Pero llegan los seguidores de las chicas y también tienen fotos tuyas. Me abrazan, me dicen que no hay más que hacer, que soy un tonto o un «grande» por tener una relación así, abierta. Y yo no sé qué decirles; nuestra relación no es así. Mi corazón se agita.

Entonces tú desapareces nuevamente. Te vas. Y en coro la muchedumbre dice: «¡Síganla, tiene que pagar!». Muchas naves —ahora son naves— van tras la tuya. Te pierden, pero te localizan en



un asentamiento humano, por un desierto. Yo estoy como rígido, ido; miro por la ventana, mientras me arrastran hasta ti. En el sueño me siento intranquilo, confuso, con el deseo de despertar de esta pesadilla.

De rodillas, sin mirarte, te hablo a medias: «¿Por qué?, ¿qué pasó?». Y me contestas que ya te aburríste, que no sabes qué pasó, que no sabes nada y que olvide todo y sigamos. Y yo no lo puedo creer. Enfurezco en silencio.

Todos se ríen atrás y te insultan. No te importa. Yo estoy con los ojos fijos en el piso.

Se presenta un hombre y te dice: «Ángela, ¿ya le dijiste TODO lo que pasó ayer? ¿O mejor yo le cuento?». Y tú le dices algo como que no te importa. Y el hombre se ríe, me mira como compadeciéndose de mí; me acerco como una gacela herida y lo golpeo en el rostro una y otra vez.

Escapo. Observo el mar a lo lejos y decido irme. Te quedas mirándome, llamándome «Samuel, Samuel, Samuel». No volteo.

Después, mientras camino, una voz surge y retumba mi mente: «Tienes que recordar lo sucedido». Golpea mi pecho y siento partirme en dos: hay un Samuel malvado, grotesco y ensombrecido que grita lleno de ira y rabia, al lado de otro Samuel, que creo ser yo, con los ojos fijos y caídos, el que siempre imagino que soy yo. Ese alguien me susurra «pelea contigo».

El aire cambió, sentí que algo se rasgaba dentro de mí. Incluso el cielo cambió.

Luego te arrojaron a ti, a unos pasos míos, partida en dos personas: una figura oscura como una sombra y otra radiante como el sol del desierto.

Ese alguien habla desde arriba: «Peleen y vean quién gana, qué Samuel queda y qué Ángela gana».

Y ahí está tu rostro, el de tu lado de luz; no quieres pelear. La Ángela oscura, furiosa y con los ojos bien abiertos, te pide que solo asumas lo que has hecho, que ya no hay vuelta atrás. Y a mí,



mi contraparte grotesca me advierte: «Siempre estoy ahí, en cada momento, mientras tú duermes, cuando sueñas, cuando hablas. Tú no lo sabes, pero ahí estoy».

No sé qué fue real y qué inventé. ¿En quién confiar? Si ahora todo se puede crear, ¿qué es qué? Pensé que en algún momento nos odiaron, nos tomaron y nos hicieron sus muñecos. La cabeza me da vueltas y cierro los ojos. Yo quizás, en ese sueño, solo imaginé una historia y un mundo.

El sol del desierto es caluroso, el cielo es azul e inmenso. A lo lejos, cuatro figuras se mueven en una especie de *ring* improvisado, en un baile eterno, mientras una multitud a kilómetros se acerca. Más allá, la ciudad se muestra hermosa, como siempre en sus mil años. Hay un ave que vuela en dirección a Lima: oscura y redonda, pero con un pico dorado y rojo.

Grita.



Esta obra está disponible bajo una licencia

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>